

Filosofando

Envejecer

Luis Armando Aguilar Sahagún

A mi padre

Un viejo es un hombre que ha vivido. Llegar a viejo es logro, no deriva inevitable. Los años acumulados indican más que la cuenta de las hojas arrancadas al calendario. Gente de edad pro-vecta. La vida lanza al ser humano a caminar sin descanso, por más que se busque hacer un alto en el camino. Lo decisivo en el arribo a esa edad, es la actitud. Los años viejos son de suyo venerables. Lo son aún más si quien los lleva encima transmite la serenidad de lo probado, de los tiempos recios bien andados. Quien llega a viejo merece vivir para contarlo todo...

El hombre y la mujer que envejecen son inteligencia y memoria, seres cuya humanidad es carrera que mira hacia lo definitivo, o que está en condiciones de hacerlo con la mayor amplitud posible de miras. Ciertamente, la vejez no es sinónimo de sabiduría. Cuesta trabajo, y bien puede ocurrir que se llegue a viejo como a regañadientes. El anciano o la anciana se sienten en menor o mayor medida contrariados por el mundo. Las cosas pueden gustar más, o también menos, cada vez. Los ancianos son como grandes contenedores de energías varias, unas trabajan en ellos aún a gran intensidad, otras son como estrellas apagadas, que no carecen del todo de resplandor.

El viejo «siente los años», es el ser sensible al tiempo. Y todavía más, a la compañía; de ella es un radar muy fino. Si el viejo gruñe frente a quien pretende acercarse a él, probablemente ha intuido la falsa compasión, la mirada incomprensiva, la incapacidad para seguir viendo a un 'tú' en el rostro arrugado, en la sonrisa que se contiene para no mostrar, quizá, los pocos dientes.

El anciano es particularmente sensible a esas formas de desprecio que los infantilizan en torpes mimos por los que se busca la familiaridad y la cercanía de formas ineptas. El joven o el adulto pueden ejercer sobre los viejos una injusta tiranía, la del poder fugaz de la ventaja. Respetar a los mayores encierra un mandato que ha descubierto algo sacro en el haber vivido, en el seguir entre los miembros activos-pasivos de la sociedad.

Los ancianos poseen en realidad una fuerza que no se puede calibrar. Son retrato viviente de un pasado cargado de innumerables historias, de lo sólo por ellos recordado de esa forma, y de esa forma relatado. Su voz es caja de resonancia de múltiples voces, entre las que distingue la de un actor entre otros, caminando por la vida como en coro y compañía. Al escuchar a unos viejos conversar se escuchan épocas enteras. El viejo es conversación interminable. Súplica de unos oídos medianamente atentos, y más, como todo ser humano, de misericordia.

Los años doblegan a quien no se preparó para enfrentar el desgaste. «La vida comienza a los cuarenta», suele decirse, para quienes experimentan el deseo o la posibilidad de «un segundo aire» en el mediodía de la vida. La vida comienza cada mañana para esos ojos que van quedando encandilados de tanta luz, o ciegos. El anciano encierra la vida nueva, antigua, incomprensiblemente.

Lo añejo supone un trabajo insustituible que sólo cada persona puede realizar con su propia experiencia de la vida. «Hacerse viejo» es distinto de «llegar a viejo». Se hace viejo quien

no acepta que ser es tiempo, es vivir sin bajar la guardia, y también, sometimiento. Hay una lucha entre el tiempo y el hombre. Quien vence, llega a viejo como por su propio pie. Quien pierde, se hace viejo como sin querer, sin abrirse a la posibilidad de descubrir una belleza insólita: la de hacerse depositario de un tesoro que, en realidad, es la misma persona en cuanto ha vivido y trabajado lo vivido.

El viejo lleva una perla en el corazón, en medio de muchos huecos y quizá de innecesarios lastres. Esa perla está en sus manos, en su mente, que alguien tendrá que palpar, descifrar, descubrir a tiempo. Ese tesoro será tanto más valioso cuanto más contenga a los demás, en recepción agradecida, y cuanto más esté hecho de relaciones de generosidad y benevolencia, de magnanimidad y de justicia, de amistades y riesgos. La «tercera edad» pone a prueba las fuerzas morales de la persona: sucumbir o vivir con mayor intensidad, la mayor posible.

El anciano aprende a ver y valorar las cosas como son, como se muestran a una mirada que se hace cada vez más conocedora, más capaz de valorar lo esencial y distinguirlo de lo espurio, dejando atrás lo que fue, en mayor o menor medida, vana ilusión, o la justa ilusión de ese momento que ya queda atrás. La mirada del anciano puede estar llena de gratitud, dejando los resentimientos. Al mirar con gratitud, el anciano se hace más simple, más penetrante. Su corazón se ha liberado; si supera el riesgo de quedar atado en el intento de aferrarse a lo que se tiene y que, de todos modos, acaba por perderse. La atención del anciano suele centrarse más en los detalles. Lo «insignificante» se vuelve significativo, incluso trascendente. Por eso su corazón puede sentir más la gratuidad de la vida, aprender a amarla más, cuando hay que aprender a desprenderse incluso de ella.

El viejo es venerable por esencia, así se haga huraño o ideático. Muchas ideas vuelven a su cabeza, antiguas y nuevas; muchos sueños recobran su intemperie, y aparecen como nubes frente a un espectador que, de pronto, puede descubrir una fuerza nueva, un impulso por realizarlos, o un límite más a la condición humana. La edad encorva, doblega, puede postrar.

Sabe que puede intentar no darse por vencido, aun cuando se sepa vencido. El viejo está en lucha, no tiene más sosiego que el joven o el adulto. Su lucha es distinta, su ímpetu se topa con la debilidad, la disfunción orgánica y, finalmente, con la muerte.

El viejo espera y puede vivir en una espera de gran intensidad la llegada de ese momento decisivo. Puede vivir también en la esperanza, y así vencer al miedo que, como un ácido corrosivo, se va apoderando de sus nervios, sus músculos, su mente. La esperanza le dice: ¡ya viene! Un dolor se asoma en el entrecejo de toda persona de edad avanzada, porque se sabe avanzando hacia el buen puerto, o hacia un despeñadero. Aquí se agudiza la conciencia del misterio. Las estrategias para enfrentar lo difícil no responden ya. Lo terrible se hace patente, tal vez. A no ser que la sabiduría haya encontrado en el anciano su depósito y su trono. Al viejo lo vemos con reverencia porque nos recuerda un camino muy probable, que vemos con temor. El viejo ha probado lo terrible, se ha acercado quizá al hondón de la soledad que puede intentar llenar de recuerdos, de antiguos cariños, pero que pide la presencia inagotable del Dios eterno, la única que sacia a quien osa besar a la muerte como a una hermana, en cuyos brazos se entrega a ese Dios Padre de todos los años.

Haber vivido tiene un saldo, que se ha de volver a favor, propio y de los demás. Propio, para poder entregarlo todo, llegado el momento. Ajeno, para quien pueda valorar lo que se sembró y lo que se cosechó o queda como tarea; entregar los frutos maduros de las

decisiones y de las cosas amadas, trabajadas, inconclusas, que quedan como herencia y tarea, como verdadero patrimonio invisible y como reto de la humanidad heredera.

El viejo, puesto delante de su más profunda intimidad, podrá extender las manos y, sin rechistar, dejar que sea otro quien lo asee, quien lo vista, quien lo asista a la hora de la muerte. Como Pedro, podrá responder a la llamada del Maestro, y dejar ser conducido por otro a donde, quizá, no desearía ir. Allí, en medio de esa soledad, podrá escuchar una voz amable que lo invita, quizá en medio de la angustia, a ponerse frente a lo definitivo. A hacer el balance de lo vivido: con las manos vacías, presentar lo que haya habido de verdadero amor.